©editorial BNEISHOLEM

Inmersión TOTAL

Una antología sobre la mikve

Editado por: Rivkah Slonim

Editora de consulta y colaboradora: Liz Rosenberg

©editorial BNEISHOLEM

Título del Original en Inglés

Total Inmersion

A Mikvah Antology

Unico autorizado para la distribución y comercialización
en español Editorial Bnei Sholem

©COPYRIGHT 2009

Todos los derechos reservados. No pueden reproducirse en forma alguna, partes de este libro, ni tampoco almacenarse o recuperarse información, en forma total o parcial en cualquier idioma (con excepción de citas breves en artículos de crítica o análisis), sin el consentimiento escrito del editor.

Se aplicarán estrictamente los derechos de autor.

EDITORIAL BNEI SHOLEM

Jean Jaures 737

Buenos Aires ARGENTINA

tel: 54 4961 8338 / linea USA 1718-618-4158

Whattsapp +549 11 5111 2925

editorial@bneisholem.com.ar

www.bneisholem.com.ar /

editorialbneisholem@gmail.com

ISBN: 978-987-1380-33-6

IMPRESO EN ARGENTINA

PRINTED IN ARGENTINA

Slonim, Rivkah. Inmersión total. - 1a ed. - Buenos Aires : Bnei Sholem, 2009. 336 p. ; 15x22 cm.

1. Judaismo. II. Título CDD 296

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

©editorial BNEISHOLEM

ÍNDICE

Prefacio de la nueva edición vii
Prefacio.....x
Agradecimientos.....xvi
Introducción: la comprensión de la mikve y las leyes de la Pureza Familiar - RIVKAH SLONIM xix

Primera Parte
Sobre la teoría y la práctica

1: Amar a la manera judía 3
GUILA BERKOWITZ
2: Contar nuestros días 15
TAMAR FRANKIEL
3: Tumá y Tahará: revelaciones místicas.....27
SUSAN HANDELMAN
4: Haremos y escucharemos 36
JANET SHMARYAHU
5: Di-s está en los detalles.....44
JANA SILBERSTEIN
6: Tu luna de miel nunca debería llegar a su fin.....54
MANIS FRIEDMAN
7: Análisis de las raíces bíblicas de nidá 59
SARA ROBINSON
8: El componente sexual en el amor y el matrimonio 66
MAURICE LAMM
9: Una mitzvá sumamente delicada: desafíos conyugales relacionados con la Taharat Hamishpajá 76
REUVEN P. BULKA
10: La institución de la mikve en los Estados Unidos.....90
JOSHUA HOFFMAN

©editorial BNEISHOLEM

Segunda parte
Voces

11: Tjines y tejinot: plegarias antiguas 113
Introducción de JAVA WEISSLER
Traducciones de JAVA WEISSLER y SHAINDY JACOBSON
12: Debemos actuar 118
SARA HYAMSON
13: En el mérito de las mujeres justas 123
AIDEL DUBIN
14: El Met Mitzvá de hoy 127
DOV ZLOTNICK
15: Lo sexual y lo sagrado: hablan las nuevas mujeres observantes 133
DEBRA RENEE KAUFMAN
16: Los hombres y la mikve 140
DANIEL LAPIN
17: La mikve 149
LIS HARRIS
18: Un tiempo diferente 157
RONI LOEB RICHTER
19: Los planes matrimoniales del novio 159
ANDREW KLAFTER
20: Durante la Guerra del Golfo 161
VARDA BRANFMAN
21: Las bendiciones de Rajel — Mi dama de la mikve 164
TOBY KLEIN GREENWALD
22: Una casa de esperanzas 168
JAVA WILLIG LEVY
23: Luna de miel 172
GWENN DRUCKER FLAIT
24: Sueños de mikve 175
MIRIAM SAGAN
25: Confiar en las aguas 179
VARDA BRANFMAN

©editorial BNEISHOLEM

26: Ir a la mikve (¡a mi edad!) 187
SYBELLE TRIGOBOFF
27: En las profundidades 191
LIZ ROSENBERG
28: Renovación 197
PAMELA STEINBERG
29: Sumérgete y espera 200
SARA LEJDERMAN
30: Una peregrina del camino menos transitado 206
MARILYN WOLFE
31: La mujer del estrado 213
ELLIN RONEE POLLACHEK

Tercera parte
Recuerdos y relatos

32: La esposa del Maguid 219
RIVKA SLONIM
33: El dulce aroma de una mitzvá 221
MENASHE MILLER
34: Shreiber el judío 224
ABRAHAM BOYARSKY
35: En la Europa ocupada por los nazis 232
SHIMON HUBERBAND
36: Érev Iom Kipur, octubre de 1940 238
SHIMON HUBERBAND
37: La señal remanente 241
STERNA CITRON
38: Mikve al estilo sueco 243
IAFA ZAGER
39: ¡Alaska! 245
RIVKA SLONIM
40: Zambulléndose en Aruba 251
HELENE STORCH

©editorial BNEISHOLEM

41: Ningún sacrificio es demasiado grande....254
NAOMI FUTERFAS
42: La promesa de una niña 256
PÉISAJ J. KROHN
43: El obsequio de una madre 258
DEVORI PAUL
44: Contar los días: un sabio consejo del Rebe....262
ELIZABETH APPLEBAUM
45: En Escandinavia: el crucero....266
JANA SHARFSTEIN
46: Santa Fe 271
JANA KATZ
47: Retornar con pureza 275
IAFA ELIACH
48: Bajo la mesa de la cocina....277
S.Z. SONNENFELD
49: Reb Leibe, el asistente de la mikve....279
S.Z. SONNENFELD
50: Sossonko: fuera de las profundidades 281
FREIDA SOSSONKO

Lecturas y recursos sugeridos 286
Colaboradores 288
Reconocimientos....296

©editorial BNEISHOLEM

Prefacio

Nadie habla mucho de la mikve y, ¿por qué lo harían? La gente o bien hace bromas o bien habla en voz baja sobre ella, pero son pocos los que abordan el tema con seriedad.

En los hogares judíos comprometidos con la observancia, es un hecho de la vida íntimamente asociado con el ritmo sexual de la pareja. La inherente modestia del estilo de vida religioso excluye a la mikve del hecho de volverse un término muy conocido.

No obstante, para la inmensa mayoría de los judíos la mikve es sencillamente irrelevante, algo sin trascendencia. Por supuesto, muchos han oído alguna historia horrorosa —real o imaginaria— de su abuela o aun alguien más próximo a su propia edad sobre alguna experiencia con el baño ritual. Es posible que conozcan a alguna mujer observante que todavía practica el rito. Y luego están todos aquellos graciosos relatos sobre los judíos religiosos, el sexo y la mikve…

Pero la mikve es raramente, si acaso alguna vez, el tema de discursos públicos o el tópico de los artículos editoriales. No es algo que incluso las organizaciones femeninas incluyan en su red de programaciones. No es algo de lo que hablen las «chicas» o las madres y las hijas. Y así es que uno de los ritos más centrales y bellos del judaísmo se ha visto perdido para muchos.

Esta antología surgió de mi deseo de sacar el ritual de la mikve de las sombras y llevarlo a la luz.

Hace doce años, joven y probablemente ruborizada, yo —al igual que todas las demás orgullosas futuras esposas observantes— asistí a «clases para la kalá», el eufemismo de larga tradición para referirse a las sesiones de estudio en las que se les enseña a las novias las leyes de la vida conyugal judía. Fue en aquel dominio que aprendí oficialmente los rudimentos de una observancia llamada mikve o Pureza Familiar. Dije «oficialmente» puesto que ya había leído literatura sobre el tema: primero como una jovencita que había tropezado con algo que linda con lo prohibido y, después, con el correr de los años, mientras acumulaba un conocimiento general de las leyes que delineaban la institución santa del matrimonio.

©editorial BNEISHOLEM

Pero entonces había sido todo teórico, y ahora se trataba de mi vida.

Una vez a la semana, durante seis semanas corridas, me olvidaba de los fastidios de los estudios, el trabajo y las preparaciones prenupciales y me iba a una escuela de las proximidades donde se dictaban estas clases. Recuerdo estas dos horas como inviolables. No importa qué otra cosa tuviera que hacerse (vestido, menú, flores, la búsqueda de un apartamento): las clases de kalá venían primero. Al entrar en la clase, podía notar en los otros rostros la misma sensación de intensidad. Nos encontrábamos en una especie de hermandad femenina, y estábamos resueltas a cumplir con nuestro compromiso.

En un modo sistemático, impasible, decididamente falto de sentimientos, la instructora nos recalcaba a mí y a la aproximadamente docena de jóvenes de la clase la importancia de las leyes que gobiernan la vida íntima del judío. Y nos enseñaba los detalles. La sencilla aula en la cual nos sentábamos se volvió el epicentro de todo lo que es correcto, santo, puro. Empecé a ver mi cuerpo y mi ciclo menstrual como muy significativos, muy poderosos, muy importantes. Empecé a notar cómo podía afectar y afectaría, por medio de la mikve, a mi esposo, a mi familia, a mi pueblo.

Pero no recuerdo haber pensado mucho en cómo esto me influiría a mí (es decir, a nosotras). No recuerdo haber considerado si yo misma disfrutaría o no del ritual. Yo era una judía observante, y esto formaba parte de cómo vivía. Mi preocupación se relacionaba con los matices de la observancia misma.

Pero todo esto cambió rápido. Después de algunos meses de matrimonio mi ansiedad por los detalles de la mikve dio paso a una comprensión y aprecio del concepto. Como mujer recientemente casada, me invadían todo tipo de emociones nuevas. Estaban las deliciosas sensaciones de amar y ser amada, de ser mujer —la mujer especial de alguien— y había pensamientos acerca de nuestro futuro, la familia que esperábamos crear juntos. Y siempre estaba la mikve, en la mismísima esencia de todo lo que era importante para mí.

Amaba contar los días que faltaban para aquella noche especial: sentía como que tenía un secreto, un don precioso. Y, en efecto, lo tenía.

Amaba saber que también mi marido estaba contando los días. Había aquí dos personas, tan solo dos más en el inmenso universo: pero compartíamos algo que nadie más lo hacía.

Amaba la noche del reencuentro. Se trataba de una fiesta trascendental de la que no sabía nadie más.

©editorial BNEISHOLEM

Amaba la manera en que la mikve me daba la posibilidad de traer a Dios a mi vida en una forma muy real y palpable. La dieta casher hacía descender a Dios a mi cocina. El encendido de las velas en Shabat y las festividades traía a Dios a mi hogar. Pero la mikve —mientras sentía la precipitación de las aguas en torno mío y en mi interior— hacía que Dios entrara dentro de mí.

Amaba la sensación de conexión con las generaciones de mujeres que me habían precedido en su adherencia a este rito. Empecé a comprender cuán especial debía de haber sido para mi madre acompañarme a la mikve en la víspera de mi boda. Y recuerdo a mis abuelos besándome amorosamente cuando regresé aquella noche a mi hogar; sus manos toqueteaban mi cabello todavía húmedo por las aguas de la mikve.

La mikve no siempre era fácil. Pero mi aprecio por lo que este ritmo de dos semanas sí y dos semanas no hacía por mi matrimonio fue creciendo con el tiempo. Me maravillaba ante el esplendor de la Ley Divina. Me deleitaba en la tradición que había heredado.

En especial cuando la mikve suponía dificultades, reflexionaba yo sobre su significación espiritual. En su esencia estaba la consagración, la renovación de mi santo pacto con Dios (y con mi marido). En este rito oía la resonancia de las santas palabras con las cuales había contraído matrimonio: «He aquí, me eres santificada de acuerdo con las leyes de Moshé e Israel».

El nacimiento de mi primer hijo me mostró aún otra dimensión. Como típica madre primeriza, leía todo material que hubiera en la oficina del médico. Cada uno de estos libros, folletos, revistas incluían un capítulo sobre los cambios y tensiones inevitables que se producen en la vida sexual después de dar a luz. No obstante, mi experiencia era radicalmente diferente.

La adherencia a las leyes de la mikve suponía aguardar el restablecimiento de nuestra relación física hasta que yo hubiera dejado de sangrar por completo; no podía haber ni siquiera un asomo de algún resto de una mancha. Hasta ese momento y durante siete días a partir de entonces, cuando me sumergiría en la mikve, no podíamos ni siquiera tomarnos de las manos. Fue entonces cuando aprendí el significado de la expectativa. Cuando llegó finalmente la noche de la mikve, me encontraba preparada: en cuerpo, mente y alma. El poder de la mikve se extendía por encima de mí como una ola gigantesca. Sin siquiera saberlo, había adoptado la mikve como mi propia mitzvá favorita.

©editorial BNEISHOLEM

Un tiempo después, viviendo en Binghamton, Nueva York, donde mi esposo y yo dirigimos la Casa de Jabad y Centro para el Estudiante Judío, mi entusiasmo por la mikve asumió una forma nueva, más pública. Sucedió de un modo bastante fortuito. Mi esposo tenía programado viajar a Nueva York para una conferencia de fin de semana, y yo me quedaría sola en casa. Justo cuando me había resignado a un Shabat tranquilo, incluso solitario, algo dentro de mí me incitó a hacerlo especial. Decidí brindar una cena de viernes a la noche solo para mujeres y ofrecer una charla sobre amor y matrimonio al estilo judío. Después de la comida y las bebidas, las risas y los cánticos, y la sobremesa —mientras las llamas de Shabat ardían ya con poca intensidad— las jóvenes me miraron con expectativa, y nos acomodamos para hablar del asunto en cuestión. Inspirándome en una gran cantidad de fuentes judías, les presenté una perspectiva distinta —para ellas radicalmente nueva— sobre temas que figuran prominentemente en la vida universitaria: amor y sexo. Pero mi nueva peculiaridad incluía palabras como compromiso, limitación, consagración y, por supuesto, mikve.

En lugar de una oposición vehemente o —pero aun— un silencio amable y condescendiente, ojos en blanco y miradas cordiales, mi presentación se topó con un interés y una receptividad genuinos. No hubo rápidas conversiones en el estilo de vida ni promesas de cambio por parte de aquellas jóvenes completamente modernas. Pero se sentían intrigadas por la perspectiva milenaria que había compartido con ellas. No era tan solo el resplandor de las velas ni el rubor del vino tinto del Kidush. Fuera del mito del «agujero de la sábana» nunca habían oído mucho acerca de lo que el judaísmo tradicional tiene que decir sobre estos temas. Lo encontraban relevante a sus vidas; se sentían impresionadas con su tradición y agradecidas por el recién descubierto conocimiento. Aquello no era lo que se esperaría de las herederas de la revolución sexual.

La charla se prolongó hasta bien entrada la noche. Hoy la charla continúa. Aquella velada memorable fue el inicio de una década de conversaciones y compromisos para dar conferencias que me han llevado a lo largo de todo el país y más allá.

A todos los lugares donde voy sucede lo mismo. La mikve es un concepto envuelto en la oscuridad y, con mayor frecuencia que no, proyectado y percibido bajo una luz desdeñosa. Pareciera como si las mujeres judías de las últimas dos o tres generaciones hubieran heredado un legado de desprecio por este ritual. Hay repulsión, ira y más que una ligera confusión. La

©editorial BNEISHOLEM

mikve es considerada misteriosa, sexista y misógina. Hay poca comprensión de la función central que cumple en la vida judía, sus posibilidades para la expresión feminista o cómo puede enriquecer el matrimonio.

Y, aun así, a pesar de toda la prensa y estereotipos negativos, hay un gran interés. Las personas que comprenden las audiencias a las que les hablo lo demuestran. Por lo general, no tienen un compromiso con la observancia religiosa. Pero están retornando a sus raíces judías en busca de sentido, estabilidad y valores duraderos con los cuales infundir sus vidas. Cuando aprenden sobre la mikve, la mayoría queda impactada al encontrarse con que han tropezado —de modo bastante fortuito— con la belleza y la sabiduría, la dirección y la fortaleza.

Muchas personas sienten enojo por el hecho de que nunca les hayan enseñado ni contado sobre la mikve, ni siquiera los rabinos que oficiaron en sus bodas. Y a algunas les pasa esto aun después de inquirir específicamente sobre todo lo que debieran o pudieran hacer para iniciar sus vidas de la manera indicada.

Muchas quedan sorprendidas al escuchar de la importancia de la mikve (a la par del Shabat, el Cashrut y, sí, Iom Kipur y la circuncisión).

Otras se sienten compelidas por el poder que la mikve le confiere a su condición de mujer. Se sienten intrigadas por lo que puede hacer por su sentido de la femineidad.

«¿Por qué nadie me lo dijo?», se convirtió en una letanía, un clamor que oía resonar demasiadas veces. Fue lo que me hizo empezar a reflexionar sobre el hecho de hacer un aporte —tan sencillo como fuera— para enmendar este error. Quería ayudar a sacar a la mikve del clóset.

Durante las muchas generaciones de persecución, los judíos construyeron mikveot a escondidas (en túneles subterráneos, en sótanos, debajo de las mesas y, sí, a menudo literalmente dentro de los clósets). Luego llegó la era moderna de la emancipación y la asimilación. Esta vez los judíos cavaron más profundo, enterrando la mikve en los lugares más oscuros y lejanos de su mente y conciencia colectiva.

Oscurecida por la mala información, atrapada en una intrincada red de estigma y reticencia, la mikve yace todavía oculta bajo un velo de silencio. Pero yo estoy convencida de que esto puede modificarse. He visto el poder de la educación en funcionamiento. Y sé que es el momento propicio para hacer volver a la mikve a su lugar justo y honorable en nuestras vidas.

Nuestras bisabuelas usaban la mikve mensualmente. La mayor parte de

©editorial BNEISHOLEM

Introducción

La comprensión de la mikve y las leyes de la Pureza familiar

Rivkah Slonim

I

Los cuerpos de agua natural del mundo —sus océanos, ríos, pozos y lagos alimentados por manantiales— son mikveot en su forma más primordial. Contienen aguas de una fuente Divina y, de este modo —enseña la tradición—, el poder de la purificación. Creados aun antes de que la tierra tomara forma, estos cuerpos de agua ofrecen una vía hacia la consagración por excelencia. Pero presentan también dificultades. Estas aguas pueden ser inaccesibles o peligrosas, para no mencionar los problemas del tiempo inclemente y la falta de privacidad. Por consiguiente, la vida judía exige la construcción de mikveot (estanques-mikve) y, de hecho, esto ha sido llevado a cabo por judíos de toda era y en toda circunstancia.

Para el no iniciado, una mikve moderna se asemeja a una piscina en miniatura. En una religión rica con el detalle, la belleza y la ornamentación —contra el telón de fondo del Antiguo Templo o incluso las sinagogas modernas— la mikve no tiene sorprendentemente ninguna característica distintiva, es una estructura humilde.

No obstante, su apariencia corriente oculta su lugar fundamental en la vida y la ley judías. La mikve ofrece al individuo, la comunidad y la nación de Israel el extraordinario don de la pureza y la santidad. Ningún otro rito, estructura o establecimiento religioso puede afectar al judío de este modo y, de hecho, en un nivel tan esencial. No obstante, su poder extraordinario está supeditado a su construcción de acuerdo con las numerosas y complejas especificaciones que se delinean en la Halajá, Ley Judía.

Brevemente: la mikve debe ser construida bajo el suelo o como parte esencial de una construcción. Por consiguiente, los receptáculos portáti-

©editorial BNEISHOLEM

les, como las bañeras regulares o las de hidromasajes, no pueden nunca funcionar como mikveot. Debe contener un mínimo de unos setecientos cincuenta y siete litros de agua de lluvia que fuera acumulada y extraída hacia la pileta de la mikve de acuerdo con un conjunto de regulaciones sumamente específico. En casos extremos en que la adquisición de agua de lluvia sea imposible, pueden utilizarse para llenarla hielo o nieve que se hayan originado de una fuente natural. Al igual que con el agua de lluvia, hay un intrincado conjunto de leyes que rodean su transporte y manejo.

El observador casual verá a menudo tan solo la pequeña piscina (la que se usa para la inmersión). En realidad, la mayor parte de las mikveot están compuestas por dos, a veces tres, piletas colindantes. Mientras que el agua de lluvia acumulada se mantiene en una de ellas, la pileta de inmersión adyacente es vaciada y vuelta a llenar regularmente con agua corriente. Las dos construcciones comparten una pared común que tiene un agujero de al menos unos cinco centímetros de diámetro.

El flujo libre, o «beso», de las aguas entre las dos piletas hace de las aguas de la piscina de inmersión una extensión del agua de lluvia natural, confiriendo de este modo a la piscina de inmersión el estatus legal de mikve. (La descripción anterior es uno de los dos métodos sancionados por la Halajá para alcanzar esta meta).

Las mikveot modernas están equipadas con sistemas de filtro y purificación del agua. Las aguas de la mikve llegan por lo general a la altura del pecho y se mantienen a una temperatura confortable. El acceso a la pileta se hace por medio de escaleras. (Las mikveot accesibles a los minusválidos o enfermos están equipadas con elevadores).

La mikve como institución es víctima de una incomprensión popular. La inmersión en agua está naturalmente asociada con la limpieza. Para complicar el tema aun más, a lo largo de la historia las autoridades les prohibieron a los judíos usar los ríos de las ciudades para bañarse. A modo de respuesta, construyeron casas de baños, muchas con mikveot dentro o cerca de ellas. Juntos, estos factores forjaron un vínculo inextricable entre la idea de la mikve y la higiene física. Pero la mikve no fue nunca un sustituto mensual del baño o la ducha. De hecho, la Halajá estipula que antes de sumergirse hay que estar escrupulosamente aseado. Para facilitar este requisito, las áreas de preparación —con baños y duchas, champús, jabones y otros artículos auxiliares para la limpieza y belleza— son un elemento básico de la mikve moderna.

©editorial BNEISHOLEM

Muchas mikveot están ubicadas en sinagogas, siempre en una parte discreta del edificio y usualmente con entrada propia. Las mikveot más grandes están por lo general situadas en edificaciones independientes. Hasta hace un tiempo relativamente breve, se podía describir del mejor modo a la mayoría de las mikveot como prácticas: la función, no la comodidad, dictaba su estilo. En las últimas décadas, una nueva conciencia entre las mujeres judías modernas, el rabinato y los líderes comunitarios ha desatado una nueva tendencia en la construcción de las mikveot. En todo el país y alrededor del mundo se están construyendo mikveot bellas, incluso lujosas (con la inclusión de elegantes vestíbulos y salas de espera, áreas de preparación completamente equipadas y piletas bien diseñadas). Algunas mikveot rivalizan con los lujosos balnearios europeos y les ofrecen a los clientes más servicios de los que pudieran disfrutar en el hogar.

En comunidades con grandes proporciones de gente que usa las mikveot, es posible que la edificación albergue tanto como veinte o treinta áreas de preparación y de dos a cuatro piletas de inmersión. En estas instalaciones, hay un sistema de intercomunicación que conecta cada una de las habitaciones con un mostrador central y un asistente que asegura la privacidad de los muchos usuarios. Algunas de las edificaciones para mikveot más grandes incluyen salas de conferencia que se usan para recorridos y programas educativos.

Hoy en día no es solo una metrópolis judía la que puede hacer alarde de tener una mikve. En lugares remotos, incluso exóticos —Argentina y Brasil, Tasmania y Austria; Anchorage (Alaska) y Bogotá (Colombia); Yerres (Francia) y Ladispoli (Italia); Agadir (Marruecos) y Asunción (Paraguay); Lima (Perú) y Ciudad del Cabo (Sudáfrica); Bangkok (Tailandia) y Zarzis (Túnez); y casi toda ciudad de la Comunidad de Estados Independientes (la ex Unión Soviética)— hay mikveot casher y confortables y rabinos y rebetzns deseosos y capacitados para asistir en su uso a cualquier mujer.

En muchas comunidades es posible, a pedido, un recorrido de la mikve. Al llegar a una ciudad nueva o al viajar, puede obtenerse información sobre las mikveot de la zona llamando telefónicamente a la oficina de la mikve local, a la sinagoga ortodoxa o a la Casa da Jabad. En Internet, en **mikvah.org**, está disponible un completo directorio global de mikveot.

©editorial BNEISHOLEM

II

La inmersión en la mikve ha ofrecido un portal de acceso a la pureza desde la creación del hombre. El Midrash relata que, después de haber sido desterrado del Edén, Adam se sentó en un río que fluía desde el jardín. Esto formaba parte integral de su proceso de teshuvá (arrepentimiento), de su intento de retornar a su perfección original.

Antes de la revelación de Sinaí, se les ordenó a todos los judíos sumergirse en preparación para entrar cara a cara con Dios.

En el desierto, el célebre «pozo de Miriam» servía como mikve. Y la iniciación de Aarón y sus hijos al sacerdocio estuvo marcada por la inmersión en la mikve.

En tiempos del Templo, tanto los sacerdotes como así también todo judío que deseara ingresar en la Casa de Dios tenía que sumergirse primero en una mikve.

En Iom Kipur, el más santo de todos los días, se le permitía al Sumo Sacerdote la entrada al Santo de los Santos, la cámara más recóndita del Templo, en la cual no podía entrar ningún otro mortal. Este era el cénit de un día que suponía un orden de servicios ascendentes, siendo precedido cada uno de ellos por la inmersión en la mikve.

Los usos fundamentales de la mikve en la actualidad están delineados en la Ley Judía y se remontan a los albores de la historia de nuestro pueblo. Abarcan muchos elementos de la vida judía: la mikve forma parte integral de la conversión al judaísmo. Se emplea, por más que sea algo menos conocido, para la inmersión de ollas, platos y utensilios nuevos (comprados u obtenidos de un no judío) antes de ser utilizados por un judío. El concepto de mikve es asimismo el punto central de la Tahará, el rito de purificación del judío antes de que la persona sea puesta a descansar y el alma ascienda a lo alto. El vertido manual de agua —de un modo sumamente especificado— sobre todo el cuerpo del difunto sirve a este propósito. La mikve es también, en diversas ocasiones, usada por los hombres; con la excepción de la conversión, todas son costumbre. Las que se practican más extensamente son la inmersión del novio el día de su boda y la de todo hombre antes de Iom Kipur. Muchos hombres jasídicos usan la mikve antes de cada Shabat y fiesta, algunos incluso haciendo uso de ella todos los días antes de la plegaria matutina (en ciudades con grandes poblaciones de judíos observantes las mikveot especiales para hombres facilitan estas costumbres). Pero el uso más importante y general de la mikve es el que hace la mujer menstruante para la purificación.

©editorial BNEISHOLEM

Para la mujer menstruante, la inmersión en la mikve forma parte de un marco más amplio mejor conocido como Taharat Hamishpajá (la Pureza Familiar).

Al igual que con toda área de la práctica judaica, la Pureza Familiar supone un conjunto de leyes detalladas; a saber, los «cuándo», «qué» y «cómo» de la observancia. Estudiar con una mujer experimentada en este campo es el modo tradicional de cobrar familiaridad y confort con la práctica. En ciudades o comunidades con grandes poblaciones judías es posible que haya clases a las cuales unirse. No obstante, la mayoría de las mujeres obtienen este conocimiento a través de un encuentro individualizado más personal.

Aunque los libros son un sustituto pobre de un maestro informado, pueden emplearse títulos selectos como guía para este ritual o referencia rápida (ver bibliografía sugerida en el apéndice). Es posible que aquellos con un interés serio en la observancia de este ritual quieran extender su lectura con la charla y/o el estudio adicional. En ocasiones, es posible que las condiciones médicas u otros factores requieran del consejo rabínico. Dondequiera que te encuentres, puedes contar con una cosa: siempre habrá alguien accesible y deseoso de ayudarte, en persona o por teléfono (ver apéndice por fuentes de contacto).

Lo siguiente no es sino una breve visión general de estas leyes. No es, ni estuvo destinado a serlo, un sustituto del estudio apropiado de este tópico.

La Pureza Familiar es un sistema que se basa en el ciclo mensual de la mujer. Desde el comienzo de la menstruación y durante siete días después de su fin, hasta que la mujer se sumerge en la mikve, marido y esposa no pueden tener relaciones sexuales. Para evitar la violación de esta ley, la pareja debe restringir su indulgencia en las acciones que consideren sensuales. Deben poner un freno al contacto físico directo y abstenerse de las manifestaciones de afecto como toquetearse, besuquearse, acariciarse y cosas similares. El término técnico para referirse a la mujer que se encuentra en este estado es nidá (significa literalmente estar separada).

El período de transición de siete días, conocidos como los días «limpios» o «blancos», no comienza sino después de que la mujer haya determinado el cese completo de su flujo menstrual por medio de una sencilla inspección interna. La inspección debe llevarse a cabo antes de la puesta del sol del día de la finalización de su período, siempre que haya habido un mínimo de cinco días desde el inicio de la menstruación. (Incluso si el período de una mujer dura menos de cinco días debe aun así

©editorial BNEISHOLEM

aguardar un mínimo de cinco días desde su comienzo antes de examinarse). Si su sangrado cesa después del anochecer, espera hasta la tarde del día siguiente para inspeccionarse y dar inicio a la cuenta de una semana de duración.

Durante el período «blanco» de siete días, la mujer debe examinarse con regularidad para asegurarse de que no haya ningún flujo adicional de sangre menstrual. Además, durante este período se usa ropa interior blanca para que la mujer pueda asegurarse de divisar toda secreción sanguínea.

Exactamente una semana después de haber establecido el cese del flujo, a menos que hubiera alguna clase de mancha, la mujer visita la mikve (es decir, si se examinó antes de la puesta de sol del lunes, visitará la mikve la noche del lunes siguiente). Por lo tanto, hay un mínimo de doce días durante los cuales se suspende la vida conyugal.

La inmersión tiene lugar después del anochecer del séptimo día y es precedida por un aseo obligatorio. La inmersión es válida solo cuando las aguas de la mikve envuelven todas y cada una de las partes del cuerpo y, de hecho, cada cabello. Con este fin, la mujer se baña, se lava el cabello, se peina y quita de su cuerpo todo aquello que pudiera impedir la inmersión total.

Durante la inmersión está en el lugar una asistente, conocida como shoméret. Ayuda a corroborar que no haya ninguna sustancia ni objeto (maquillaje, cabello suelto, joyas, etc.) que se interpongan con el cuerpo de la mujer y que durante la inmersión todo su cuerpo sea sumergido de una vez. De acuerdo con la prohibición bíblica de ponerse en una situación de peligro, la asistente también está allí para ayudar a la mujer en caso de ser necesario.

La inmersión en la mikve es la culminación de la disciplina de la Taharat Hamishpajá. Es un momento especial para la mujer que ha observado los muchos matices de la mitzvá y esperado esta noche. No obstante, a veces es posible que la mujer se sienta apurada o ansiosa por razones relacionadas o no con este rito. En este momento, debe relajarse, pasar algunos momentos contemplando la importancia de la inmersión y, de manera reposada, descender hacia las aguas de la mikve. Después de sumergirse una vez, mientras se encuentra dentro de las aguas, la mujer recita la bendición de la purificación ritual y luego, en conformidad con la costumbre generalizada, se sumerge dos veces más. Muchas mujeres emplean este momento auspicioso para la plegaria personal y la comunicación con

©editorial BNEISHOLEM

Dios. Después de la inmersión, la mujer y su marido pueden reanudar las relaciones maritales.

III

Antes de explorar las dimensiones más profundas de este ritual, debemos examinar brevemente el punto central que ocupa la mikve en la vida judía.

La mayor parte de los judíos, aun aquellos que se consideran seculares, están familiarizados, al menos desde un punto de vista conceptual, con observancias religiosas como el Shabat, las leyes dietéticas, Iom Kipur y algunas otras leyes de la Torá. Por otra parte, la mikve y la Pureza Familiar están envueltas en un velo de oscuridad (páginas arrancadas del libro, por así decirlo).

La observancia de la Pureza Familiar es un mandato bíblico del más alto orden. La infracción de esta ley está al mismo nivel que transgresiones fundamentales como comer jametz (alimentos leudados) en Pésaj, la violación intencional del ayuno del día santo de Iom Kipur, y no ingresar en el pacto por medio de la circuncisión ritual, el Brit Milá.

La mayoría de los judíos consideran que la sinagoga es la institución central de la vida judaica. Pero la Ley Judía declara que la construcción de una mikve tiene precedencia por sobre incluso la construcción de una casa de adoración. Tanto una sinagoga como un Rollo de la Torá, el tesoro más venerado del judaísmo, pueden venderse para recaudar fondos para la construcción de una mikve. De hecho, a los ojos de la Ley Judía, un grupo de familias judías que vivan juntas no alcanzan el estatus de comunidad si no tienen una mikve comunitaria.

Esto es así por una sencilla razón: la plegaria personal y aun la comunal pueden celebrarse en prácticamente cualquier lugar, y las ubicaciones físicas para las funciones sociales de la sinagoga pueden hallarse donde sea. Pero la vida matrimonial judía, y en consecuencia el nacimiento de las generaciones futuras de acuerdo con la Halajá, solo son posibles si hay acceso a una mikve. No es exagerado declarar que la mikve es el punto de partida de la vida judía y el portal del futuro judío.

IV

Ya hemos determinado que la función de la mikve no es dar realce a la higiene física. El concepto de mikve está arraigado en lo espiritual.

La vida judía está marcada por el concepto de havdalá (separación o distinción). El sábado a la noche, cuando parte el Shabat y comienza la

©editorial BNEISHOLEM

nueva semana, se les recuerda a los judíos de los límites que delinean cada aspecto de la vida. Con una copa de vino santificado, el judío bendice a Dios, Quien «separa entre lo santo y lo mundano, entre la luz y la oscuridad, entre Israel y las naciones, entre el séptimo día y los seis días de trabajo…».

De hecho, la definición literal de la palabra hebrea kódesh —traducida con mucha frecuencia como «santo»— es 'aquello que está separado'; segregado del resto con un propósito único, para la consagración.

La mikve es en muchos aspectos el umbral que separa lo profano de lo santo, pero es todavía más. En pocas palabras, la inmersión en la mikve señala un cambio de estatus (más exactamente, una elevación de estatus). Su función sin paralelo radica en su poder de transformación, su habilidad de llevar a cabo una metamorfosis.

Los utensilios que hasta aquel momento no podían usarse pueden, después de la inmersión, emplearse en el acto santo de comer como judío. La mujer que desde el comienzo de su menstruación se encontraba en un estado de nidut, separada de su marido, puede después de la inmersión volver a unirse con él en la santidad máxima de la intimidad conyugal. Los hombres o las mujeres de los tiempos del Templo que estuvieran excluidos de los servicios por causa de la impurificación ritual podían, después de la inmersión, posarse en el Monte del Templo, entrar en la Casa de Dios y participar de las ofrendas de sacrificios y actos similares. El caso del converso es más dramático: el individuo que desciende a la mikve como gentil sale del interior de sus aguas como judío.

Los mandamientos de Dios, los seiscientos trece preceptos conocidos como mitzvot, se dividen en tres categorías diferentes:

Los mishpatim son las leyes que gobiernan la estructura civil y moral de la vida; son lógicos, se entienden con facilidad y se los aprecia extensamente como fundamentales para la base y el mantenimiento de una sociedad sana. Algunos ejemplos son la prohibición del asesinato, el robo y el adulterio.

Edut son los rituales y costumbres descritos del mejor modo como testimonios. Esta categoría incluye los muchos actos religiosos que les recuerdan a los judíos los momentos trascendentes de su historia y sirven como testimonio de creencias cardinales de la fe judaica, como la observancia del Shabat, la celebración de Pésaj y la fijación de las mezuzot en las jambas de las puertas.

La tercera categoría, jukim, son principios que se encuentran por enci-

©editorial BNEISHOLEM

ma de la razón: son decretos Divinos en relación con los cuales la mente humana no puede formar ningún juicio. Los jukim desafían por completo el intelecto y la comprensión humanos. Desde tiempos inmemoriales han sido una fuente de burla, un blanco de desdén, y una presencia incómoda y vergonzosa para los detractores de la observancia del judaísmo. Para el judío observante, encarnan las mitzvot en su máxima expresión: una vía pura y no adulterada de conexión con Dios. Estas mitzvot son reconocidas como las más importantes, las que son capaces de afectar el alma en el nivel más profundo. Libres de trabas por las limitaciones de la mente humana, estos estatutos son practicados por una sola razón: el cumplimiento de la palabra de Dios. Las leyes del Cashrut, la prohibición de usar shaatnez (ropas que contengan una combinación de lana y lino) y las leyes de la pureza ritual y la mikve son algunos ejemplos.

Al fin y al cabo, el entendimiento de la razón última del marco de la Pureza Familiar y su punto culminante —la inmersión en la mikve— es imposible. Es algo que observamos sencillamente porque es eso lo que ordenó Dios. Aun así, hay apreciaciones que pueden ayudar a añadir dimensión y sentido a nuestra experiencia de la mikve.

En el principio no había sino agua. Compuesto milagroso, es la fuente principal y factor vivificante de toda sustancia y, por extensión, toda vida como la conocemos. Pero el judaísmo enseña que es más. Porque estos mismísimos atributos —el agua como fuente y energía que sustenta— se ven reflejados en lo espiritual. El agua tiene el poder de la purificación: de restaurar y reabastecer de vida a nuestros yos esenciales y espirituales.

La mikve personifica tanto el útero como la tumba; los portales de la vida y de lo que hay más allá de ella. En ambos casos, la persona se ve despojada de todo poder y destreza. En ambos, hay un estado de total dependencia, una abdicación completa del control. La inmersión en la mikve puede entenderse como un acto simbólico de autorenuncia, la suspensión consciente del yo como fuerza autónoma. Al hacerlo, el judío que se sumerge señala un deseo de alcanzar la unicidad con la fuente de toda vida, de retornar a una unión primigenia con Dios. La inmersión indica el abandono de una forma de existencia para abrazar otra infinitamente superior. En consonancia con este tema, la inmersión en la mikve se describe no solo en función de la purificación, revitalización y rejuvenecimiento sino también —y quizá fundamentalmente— como renacimiento.

©editorial BNEISHOLEM

V

Antiguamente, las mujeres menstruantes eran una seria fuente de consternación y temor. En el mejor de los casos eran evitadas; en los peores, rechazadas y abandonadas. A menudo eran culpabilizadas por la tragedia y la desgracia, como si con su aliento o mirada hubieran contaminado el entorno. Esta era una respuesta simplista, si no descarriada, a un fenómeno complejo cuyos motivos y razones escapaban a la mente primitiva. En aquellas sociedades, no era posible hacer las paces con la menstruación sino atribuyéndola a espíritus malignos y demoníacos y mediante la adaptación de una estructura social que facilitara su evitación.

Visto contra este telón de fondo, el ritmo judío del matrimonio es percibido por muchos como un retroceso a tabúes arcaicos, un sistema arraigado en actitudes anticuadas y una forma ubicua de misoginia. En realidad, la Pureza Familiar es una celebración de la vida y de nuestras relaciones humanas más preciadas. Puede comprenderse con mayor plenitud solo dentro de una noción más profunda de la pureza y la impureza.

El judaísmo enseña que la fuente de toda tahará, «pureza», es la vida misma. A la inversa, la muerte es el presagio de la tumá, «impureza». Todas las clases de impureza ritual, y la Torá describe muchas, están arraigadas en la ausencia de la vida o algún grado —siquiera un susurro— de muerte.

Al desnudársela hasta su esencia, la menstruación de la mujer señala la muerte de una vida potencial. El cuerpo de la mujer se prepara todos los meses para la posibilidad de la concepción. Se va desarrollando el recubrimiento uterino —rico y copioso, preparado para servir como una cuna para la vida— en la espera de un óvulo fertilizado. La menstruación es el derrame del recubrimiento, el fin de esta posibilidad. La presencia de una vida potencial en su interior llena el cuerpo de la mujer de santidad y pureza. Con la partida de este potencial se establece la impureza, confiriéndole a la mujer un estado de impureza o, más específicamente, nidut. La impureza no es ni mala ni peligrosa y no es algo tangible. Es un estado de existencia espiritual, la ausencia de pureza, tanto como la oscuridad es la ausencia de luz. Solo la inmersión en la mikve, siguiendo a la preparación requerida, tiene el poder de modificar el estatus de la mujer.

El concepto de pureza e impureza del modo en que lo manda la Torá y se aplica dentro de la vida judía es único; no tiene paralelo ni equivalente en esta era posmoderna. Quizá por eso le sea difícil a la mente contemporánea relacionarse con esta noción y verla como relevante.

©editorial BNEISHOLEM

No obstante, en tiempos antiguos la tumá y la tahará eran factores centrales y determinantes. El estatus del judío —si él o ella estaba ritualmente puro o impuro— se encontraba en la mismísima esencia de la vida judaica; dictaba y regulaba la participación personal en todos los ámbitos del ritual. Más notablemente, la tumá hacía imposible la entrada en el Santo Templo y, así, inaccesibles las ofrendas de sacrificios.

Había numerosos tipos de impurezas que afectaban a los judíos —relacionadas tanto con su vida como con el servicio del Templo— y un número acorde de procesos de purificación. La inmersión en la mikve era en todos los casos el punto culminante del rito de purificación. Aun para el ritualmente puro, el ascenso a un nivel superior de espiritualidad o santidad requería de la inmersión en una mikve. Siendo así, esta institución ocupaba un escenario central en la vida judía.

VI

En nuestros días, en este período pos-Templo, el poder e interacción del estatus ritual no se ha sino desvanecido, relegando esta dinámica a la oscuridad. No obstante, hay un terreno en el cual la pureza y la impureza continúan siendo fundamentales. Solo en relación con esto hay un mandato bíblico para la inmersión en la mikve: y es con respecto a la sexualidad humana. Para entender por qué es así, debemos primero comprender cómo ve la Torá la sexualidad.

La presunta incompatibilidad entre sexualidad y espiritualidad —más precisamente su naturaleza antitética— es una idea que, aunque extraña al pensamiento de la Torá, muchos atribuyen a la filosofía judaica bajo el término más amplio y completamente mítico de un credo «judeocristiano». Pocos conceptos han hecho más daño que este malentendido generalizado.

En marcado contraste con el dogma cristiano —donde se ve el matrimonio como una concesión a las debilidades de la carne y el celibato es ensalzado como una virtud—, la Torá acuerda al matrimonio una posición exaltada y santa.

Dentro de aquella unión consagrada, la expresión de la sexualidad humana es un mandato, una mitzvá. De hecho, es la primera mitzvá de la Torá y uno de los cometidos humanos más santos.

Además, las relaciones sexuales humanas señalan la posibilidad y el potencial de una nueva vida, la formación de un cuerpo nuevo y el descenso de una nueva alma desde el cielo. En su fusión y armonización, el

©editorial BNEISHOLEM

hombre y la mujer se vuelven parte de algo mayor; en su trascendencia del yo acercan, e incluso tocan, lo Divino. Entran en una asociación con Dios; se aproximan lo más cerca posible a la asunción del atributo Divino de creador. De hecho, el carácter sagrado de la unión íntima no pierde su plenitud aun cuando no exista la posibilidad de la concepción. En un sentido metafísico, el acto y su potencial siguen estando conectados.

La sexualidad humana es una fuerza fundamental en la vida de una pareja casada; es el lenguaje y la expresión únicos del amor que comparten. Una relación sólida entre marido y esposa no es solo el eje de su propia unidad familiar, sino que es esencial para el mundo en su conjunto. Porque las bendiciones de confianza, estabilidad, continuidad y, en última instancia, comunidad fluyen todas del compromiso que se tengan entre sí y hacia un futuro en común.

Al reafirmar este compromiso, en la intimidad, la pareja acrecienta la vivacidad y salud de su sociedad, de la humanidad y en última instancia la realización del plan Divino: un mundo perfeccionado por el hombre. En su unión privada y personal son creadores de paz, armonía y sanación —en una escala microcósmica pero con resonancias macrocósmicas— y siendo así están consagrados al más sagrado de los empeños.

En luz de esto queda claro por qué a menudo se hace referencia a las relaciones maritales como el Santo Templo del cometido humano. Y el ingreso a lo Santo estaba siempre, y continúa estándolo, sujeto a la pureza ritual.

Por más que actualmente no podamos servir a Dios en un Templo físico en Ierushalaim, sí podemos erigir un santuario sagrado dentro de nuestras vidas. La inmersión en la mikve es el portal de acceso al Suelo Santo del estado conyugal.

VII

Las leyes de la Pureza Familiar son una ordenanza Divina. No hay razón mejor, más legítima, más lógica ni esencial para su observancia. Es un mandamiento difícil, una disciplina que le hace reclamos a nuestro tiempo, nuestra psique y nuestras emociones. Es una fuerza en conflicto con la carne, un modo de vida que el individuo promedio no sería propenso a elegir ni idear. Llama a la suspensión deliberada de la autodeterminación, la sumisión de nuestros deseos más íntimos al mandato de una autoridad superior. Y es en eso que radica la fuerza de la mikve. El conocimiento de que tiene su origen en algo más grande que el yo —que no se basa en las emociones ni en la decisión subjetiva de uno u otro— posibi-

©editorial BNEISHOLEM

lita que la Taharat Hamishpajá funcione para el beneficio mutuo de marido y mujer.

Irónicamente, esta mitzvá «insondable» nos revela sus bendiciones de modos cotidianos y palpables más que casi ninguna otra. Sus recompensas son acordes al desafío de la observancia.

A primera vista, el sistema de la mikve habla de limitaciones y represiones (una pérdida de la libertad). En realidad, la emancipación nace de la restricción. Los niños (y adultos) estables, seguros de sí mismos, equilibrados son los disciplinados; comprenden la abstinencia y aprenden en última instancia el autocontrol. Los países seguros y estables son aquellos trozos de tierra circundados por fronteras definidas y bien guardadas. El trazo de parámetros crea tierra firme en medio del caos y la confusión y posibilita el cruce de la planicie que llamamos «vida» de una manera progresista y productiva. En ninguna área de la vida es esto más necesario que en nuestras relaciones más íntimas.

«De todo árbol del jardín pueden comer, pero del Árbol del Conocimiento del Bien y el Mal no deben comer…». Así les ordenó Dios a Adam y Javá en el día que fueron creados. Pero en aquella fatídica tarde de viernes se permitieron una indulgencia y la historia de la humanidad se vio alterada para siempre.

La complicada naturaleza de la sexualidad humana tiene su génesis en este relato. Porque el Árbol del Conocimiento contenía una mezcla de bien y de mal, y la indulgencia que se permitió el hombre primigenio en este «conocimiento» introdujo un nuevo orden mundial: un mundo donde el bien y el mal se entremezclaran, un mundo de confusión y desafío, múltiples elecciones y potencial infinito.

Las relaciones íntimas —una entre muchas funciones biológicas humanas— ya no serían más tan naturales y poco complicadas como las otras. El destierro del Jardín del Edén suponía la introducción de una nueva sexualidad: una cargada de posibilidad y llena de tensión. Tendría la clave del gran éxtasis y el dolor atroz, la realización más tentadora y la más devastadora sensación de vacío. Una unión significativa exigiría un compromiso inequívoco y un cultivo constante por parte del hombre y la mujer. Pero incluso el máximo esfuerzo desplegado por el hombre necesitaría ser incrementado con ayuda desde arriba. La bendición fluiría de un depósito llamado mikve, y el Edén como era antes del pecado sería accesible.

Por más sabido que suene, la mikve les ofrece a las parejas la posibili-

©editorial BNEISHOLEM

dad de repetidas «lunas de miel» durante el transcurso de su matrimonio. El aburrimiento, una situación aparentemente inocua, puede asediar cualquier relación e ir minando sus cimientos. La separación mensual obligatoria fomenta sentimientos de añoranza y deseo —al menos, un sentido del aprecio— que son seguidos por la excitación del reencuentro.

En el transcurso de la vida, la disponibilidad sexual indefinida puede bien llevar al decaimiento de la excitación e incluso el interés. La interrupción mensual les enseña a las parejas a valorar el tiempo que tengan juntos y les da algo que esperar con ansias cuando están distanciados. Se separan todos los meses —no siempre cuando sea conveniente o fácil—, pero se esperan el uno al otro. Piensan el uno en el otro y en cómo es cuando pueden vincularse físicamente —todo el tiempo contando los días hasta su unión— y cada vez hay en su reencuentro una cualidad nueva. El Talmud declara en este respecto: «Para que sea tan amada como en el día de su boda».

La relación hombre-mujer prospera bajo un modelo de alejamiento y retorno. La Torá enseña que Adam y Javá fueron creados en su forma original como un ser andrógino. Posteriormente, Dios los separó, concediéndoles de este modo independencia por una parte y la posibilidad de una unión elegida por la otra. Los hombres y las mujeres han estado desprendiéndose y uniéndose desde entonces. El sistema de la mikve le concede a la pareja casada esta dinámica necesaria. Dentro de su compromiso de vivir juntos y serse fieles el uno al otro para siempre, dentro de su monogamia y seguridad, está aun así en funcionamiento este mecanismo a modo de manantial.

Dios quería que el hombre y la mujer se encontraran el uno al otro por su cuenta y que trabajaran en aquella búsqueda —no meramente una vez sino constantemente— en un proceso continuo de volverse «una sola carne».

Los seres humanos comparten una casi universal tendencia intuitiva por lo prohibido. Shlomó, el más sabio de todos los hombres, habló de «las aguas robadas que son más dulces». ¿Cuántos individuos de otro modo inteligentes y calculadores han puesto en riesgo sus matrimonios y familias en busca de lo ilícito por su aparente promesa de lo romántico y lo nuevo? La mikve introduce un escenario novedoso: el propio cónyuge, la compañía de la vida, día tras día, para bien o para mal, se vuelve temporalmente inaccesible, prohibido, fuera de los límites. A menudo

©editorial BNEISHOLEM

esto les da a las parejas razón y oportunidad de estimarse el uno al otro de nuevo. En este espacio de tiempo «de apartamiento», desde esta nueva posición, se ven y se acercan mutuamente con un aprecio realzado.

La disciplina de la Taharat Hamishpajá es también de ayuda en otros aspectos: la fluctuación y la disparidad en el deseo sexual nunca pueden atenuarse por completo. Pero la regulación del sistema de la mikve sirve para mitigar las tensiones que surgen de esta fuente. Para las parejas que deben abstenerse un mínimo de doce días al mes, el tiempo que tengan juntos es un apogeo para ambos, un tiempo que aprecian y saborean.

Aunque se ordena un distanciamiento físico, se alienta y de hecho se cultiva la intimidad emocional. Se le da plena expresión a la comunicación significativa —aquella preciosa y cada vez más rara forma de arte— ya que las parejas deben aprender a abrazarse y contenerse, consolarse y regocijarse, todo sin tocarse la piel. Se descubre en la relación un nuevo estrato, emerge una nueva posibilidad: la amistad.

El misticismo judío habla de dos tipos de amor. Existe la ahavá shel esh, el amor que se compara con el fuego. Este amor es caliente y apasionado; amaina y llamea cíclicamente en su búsqueda por elevarse cada vez más alto. Esta emoción llameante debe custodiarse no sea que despida reiteradas chispas y muera.

Luego está la ahavá shel maim, el amor que es como el agua. Este amor es fresco, profundo y está siempre presente; no es extinguible, no hay temor a un eclipse.

El amor entre el hombre y la mujer debe estar doblemente bendecido; debe contener la combinación milagrosa de fuego y agua. La mikve —con su esquema de dos semanas sí, dos semanas no— da lugar al desarrollo de ambos; le concede realización a la bendición conferida sobre toda pareja judía bajo la jupá: de amor y armonía, paz y amistad.

Para muchas mujeres, el tiempo como nidá les ofrece asimismo un grado de soledad e introspección. Además, hay una fortalecedora sensación de autonomía sobre sus cuerpos y, en efecto, sobre la relación sexual que comparten con sus cónyuges. Hay fortaleza y alivio en el conocimiento de que los seres humanos no pueden satisfacer todos sus caprichos ni ser tenidos a capricho.

Numerosos expertos, tanto judíos como gentiles, han reconocido los beneficios que la práctica de la Pureza Familiar lleva a la vida de los cónyuges. Ciertamente, este tipo de análisis, como cualquier otro, está sujeto

©editorial BNEISHOLEM

al debate y la crítica. No obstante, en última instancia la fuerte influencia de la mikve sobre el pueblo judío —su promesa de esperanza y redención— está arraigada en la Torá y fluye de la fe en Dios y Su perfecta sabiduría.

VIII

El judaísmo llama por la consagración de la sexualidad humana. No es suficiente con que la intimidad nazca del compromiso y se le jure exclusividad, debe ser sagrada. Siendo así, el primer momento ordenado para la inmersión en la mikve es en los umbrales del matrimonio.

La mikve antes del matrimonio, estrictamente hablando, no está sujeta a un compromiso a la observancia regular de la Pureza Familiar. Aun así, no debe entenderse como desligada de este marco mayor. Es sencillamente la primera vez en que se le ordena a una mujer judía purificarse de este modo. Y es una manera formidable y auspiciosa de comenzar una nueva vida junto con el ser amado.

Después de aprender los detalles y darles su debida consideración, la mikve es un ritual que todo novio y novia judíos pueden incorporar fácilmente a las preparaciones prenupciales. La fecha de la boda debe planificarse en torno al ciclo mensual de la novia, posibilitando así su inmersión antes de las nupcias.

En la planificación de una boda se invierten cantidades formidables de tiempo y energía. Hay una esperanza humana innata de que una boda perfecta equivale a un comienzo perfecto en la vida. Pero todos los individuos pensantes reconocen las limitaciones humanas. Aquello que más necesitamos y deseamos —salud, buena fortuna e hijos— está más allá de nuestro control. Cuando expresamos el antiquísimo saludo de mazal tov, estamos ofreciendo una plegaria al Altísimo, pidiendo que bendiga a la nueva pareja con un bien abundante. La inmersión en la mikve es un modo importante de hacer descender a Dios y Su bendición al matrimonio.

Mientras la mujer menstrúe, su ciclo mensual dictará el ritmo de las relaciones conyugales dentro del matrimonio y, cada mes, es una mitzvá para el marido y la esposa extraer una renovación de las aguas de la mikve. Para quienes no hayan hecho un compromiso de toda la vida al comienzo de la vida matrimonial, nunca es demasiado tarde para comenzar a seguir las leyes de la Pureza Familiar. De modo semejante, por más que la observancia deba idealmente ser continua, no debe permitirse que un lapso de cualquier extensión que sea impida un mayor compro-

©editorial BNEISHOLEM

miso. Ni se encuentra esta práctica supeditada a otros preceptos de la Torá. La mikve no es, como se lo cree a menudo, el dominio exclusivo de los estrictamente observantes.

Aun si no están dispuestos a la adherencia a estas leyes en toda ocasión, las mujeres y sus maridos deben dar una consideración particular a esta mitzvá antes de la concepción de sus hijos. La mikve, se nos enseña, es el conducto para hacer descender un alma exaltada (pura) investida en un cuerpo receptivo y saludable.

Para la mujer posmenopáusica, una inmersión final en la mikve ofrece pureza para el resto de la vida. Aun una mujer que nunca antes haya usado la mikve debe tomarse el esfuerzo especial de sumergirse en ella después de la menopausia (nunca es demasiado tarde para hacerlo aun si han transcurrido muchos años desde entonces), permitiendo así que todas las relaciones íntimas posteriores estén bendecidas por Dios.

El obsequio más grande que Dios le concedió a la humanidad es la teshuvá —la posibilidad de retornar—, para comenzar de nuevo y borrar el pasado. La teshuvá le permite al hombre elevarse por encima de las limitaciones impuestas por el tiempo y hace posible afectar nuestra vida retroactivamente. Es posible que una inmersión en la mikve tarde en la vida parezca insignificante para algunos, un acto rápido e insustancial. Pero asociada con la dedicación y el sobrecogimiento, es una hazaña monumental: trae pureza y su poder revitalizador no solo al presente y el futuro sino incluso al pasado.[1]

De este modo, toda mujer puede vincularse con una tradición continua que se ha extendido a lo largo de las generaciones. A través de la mikve se lleva a sí misma a un contacto inmediato con la fuente de la vida, la pureza y la santidad: con el Dios que la rodea y está siempre dentro de ella.

1. Ver «Ir a la mikve (¡a mi edad!)», pág. 187 y «El obsequio de una madre», pág. 258.